

En la novelística chilena, *El Mundo herido* supone una interesante aportación, al margen de los costumbrismos regionales, posible de ser cultivada en profundidad y en extensión.—*Vicente Mengod.*



<https://doi.org/10.29393/At363-364-102VILM10102>

“VIAJES”, de *Pablo Neruda*

Leer al poeta del *Canto General* es incorporarse a una prosa estricta y a la vez dinamizada por la tersura, a una convergencia expresiva donde cada piedra oculta su luz. Para salir al encuentro del hallazgo, basta dejarse llevar por la euforia del verbo, sentir proyectada dentro del ánimo esa emoción contenida inherente a la prosa de los mejores poetas. El lector evoca la verdad revelada por más de algún crítico sagaz de que la poesía no pasa de ser la asociación sorpresiva de palabras, a fin de otorgar al hombre un mundo nuevo, con los mellados y opacos vocablos cotidianos. Pero en la obra escrita en los días que corren por Pablo Neruda, hay todavía otra tendencia. No es el esteta que se deja envolver por los sonos de su propia eufonía, hasta adquirir esa borrachera verbal vecina del “furor poeticus”, no es el sibarita capaz de trabarse en lucha porfiada por un matiz estilístico. El oficio literario de Neruda, sostenido en un lapso superior a los treinta años y defendido de corrupciones diplomáticas y administrativas, está presente en estas líneas actuales; mas tras él hay otra actitud, el respaldo de una inamovible dialéctica. Así como detrás del Dante estaba el tomismo —prodigiosa fuga de la inteligencia del hombre hacia los senderos inasibles probatorios de la existencia de Dios— bajo la escritura de Neruda, está el marxismo. Un marxismo inflexible, tal vez más cerrado que el planteamiento dinámico de esta filosofía que pretende, como toda filosofía, darle al hombre la representación de su universo y la clave de sus problemas económicos y sociales. Para Neruda, el marxismo es un cauce amplio que habrá de conducir al hombre hacia su propia racionalización, a una vida más libre de pesados prejuicios en la cual cese toda actitud

explotadora, en cuyo ajetreo el trabajo mismo deje de ser una maldición y conduzca a su partidario hacia una existencia de progresivo bienestar. Pablo Neruda aporta a la dialéctica marxista, tal como él la entiende, los elementos naturales de su personalidad: una estructura anímica sensible, un sentido innato de la estilización, el anhelo de variar los métodos expresivos ya gastados, mediante la búsqueda de un primitivismo gregario y sugerente. A estos factores, es preciso agregar un temperamento romántico de fuerte raigambre en donde encuentra terreno propicio, el ascetismo fruto de la ternura que, por las orillas de otra dialéctica, conduciría al poeta a los movimientos empeñados hoy día en renovar el ejercicio político de antiguas religiones.

Los factores éticos y estéticos que hemos descrito sumariamente, tienen la virtud de envolver al lector y por extraña paradoja, de hacerlo compartir con impulsión admirativa la maestría técnica del poeta, sin dejarse convencer necesariamente por sus juicios de índole doctrinaria o política. Neruda considera a Quevedo, el más grande de los poetas espirituales de todos los tiempos, sintió a Miguel Hernández como arquetipo silvestre que sólo necesitó el lenguaje escrito para verter en signos convencionales su avasalladora poesía, da pormenores impresionantes acerca del asesinato de Federico García Lorca, que conmovió a la juventud poética de Chile de hace diecinueve años y cuya mancha sangrienta han querido borrar los mejores poetas españoles de todos los bandos.

Después el poeta conduce a su lector subyugado al norte de Chile, le muestra la pobreza de sus obreros, los parches con que se visten las mujeres del pueblo, evoca la estampa de aquellos gigantes de antaño que se echaban plúmbeas moles al hombro y llega a la conclusión de que Chile se mantiene y afronta el porvenir, gracias a la entraña misteriosa de su propio pueblo. El libro desemboca finalmente en el sur lluvioso, refiere el arribo de un barco soviético, cuyos tripulantes no pudieron desembarcar frente a las minas de Lota, pero que durante la noche atisbaron el saludo de los obreros chilenos que avivaban hogueras en la falda de sus colinas. Esta escena forma

parte primordial de la novela *Carbón*, de Diego Muñoz, a quien Neruda señala como uno de nuestros más grandes novelistas.

Viajes, editado con pulcritud y elegancia por Nascimento, con hermosas viñetas, insertas en sus albas páginas, contiene también trozos poéticos del autor y de don Francisco de Quevedo y Villegas, héroe del sufrimiento español con quien a ratos parece Neruda identificarse.—L. A. M.



UNA VERSION MODERNA DE "EL CONDE LUCANOR" (1)

Volumen inicial de la colección "Odres Nuevos" de la Editorial Castalia (Valencia), esta versión modernizada del *Libro de los ejemplos del conde Lucanor et de Patronio*, publicada en 1953, cumple con una necesidad desde antiguo imperiosa con los textos medievales: hacer posible el contacto de las primeras manifestaciones literarias castellanas con el lector común, no especialista, exigente casi siempre de modernidad expresiva y formal.

El profesor Moreno Báez (n. en 1908) es actualmente catedrático de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Santiago de Compostela, después de haber tenido el mismo cargo en Oviedo y en universidades inglesas. Vastamente apreciado por su obra (*Lección y sentido del Guzmán de Alfarache*, C. S. I. C., 1948; *Antología de la poesía española*, 1952), en los inicios de este año publicó, por encargo de la Real Academia Española, una edición crítica de la *Diana*, de Montemayor. Se ha preocupado, además, de numerosos temas hispanoamericanos; de sumo interés es su estudio sobre el Inca Garcilaso de la Vega.

Confiere actualidad a la obra que comentamos el hecho de haber estado Moreno Báez en nuestro país en jira de conferencias.

(1) Colección "Odres Nuevos". Edit. Castalia, Valencia, 1953. Texto íntegro en versión de E. Moreno Báez, 212 páginas.